

AMBICION Y DIGNIDAD

La falta de sentido y perspectiva podría malograr sin ton ni gloria el momento que hoy vivimos

7 DIAS

por EQUIS

En la carta al Director que publicamos ultimamente, nuestro buen amigo Alberto Ferrer nos instaba a que tomáramos la pluma para unir nuestra voz a la perfecta y unánime concordancia de otras muchas que de un tiempo a esta parte se han venido exteriorizando en estas páginas, para dotar a la ciudad, y precisamente en su zona más importante y capital, de los convenientes servicios públicos que todos, absolutamente todos, echamos muy de menos.

Realmente, la unanimidad en este asunto es, como decimos, tan rotunda y perfecta, que bien la quisiéramos para otros acontecimientos ciudadanos de tanta o más importancia, como lo sería por ejemplo el que un buen día nos decidiéramos a afrontar con toda decisión y valentía las nuevas realidades entre las cuales vivimos. Sólo entonces no habría que discutir a cada paso lo que siendo necesidad y deseo de todos, tenemos que ir mendigando en cuentagotas cada día.

Pasó Aquello

Posaron, para fatal desgracia de los comodones, aquellos tiempos en que desde cualquier sillón de mando podía uno matar el tiempo jugando a la manilla con sus adláteres o, en combinación con los mismos, buscar cinco pies al gato.

El mundo anda y los tiempos cambian. Hoy no existe municipio con vida cómoda, porque ante el mejor modo de entenderla y, por ende, el nuevo estilo que le damos, nos pone ante mayores quebraderos y nos exige por tanto mayores sacrificios. Como tampoco cabe esperar que con la simple y normal prosperidad de los presupuestos podamos atender lo mucho que hoy los tiempos nos reclaman y, entre otras, por la sencilla razón de que llevamos por lo menos medio siglo de retraso.

Un ejemplo entre los tantos

En pocas palabras y con una sola pregunta, vamos de paso a demostrar la diferencia de conceptos que solo a unos pocos años de intervalo parecen separar nuestras dos épocas más recientes, siglos enteros de distancia.

La magnífica instalación deportiva que poseía el Ateneo Social en los terrenos colindantes al Monasterio, pudo ser vendida sin rubor ni escándalo a una

empresa comercial corchera, convirtiéndose en almacén de fardos una de las mejores instalaciones deportivas de la provincia, sin contar que con tamaña barbaridad se estrangulaban las posibilidades, el rango y el empaque que debiera haber tenido aquel rincón de la ciudad, por lo mismo que fué su cuna, por lo mismo que en tal recinto se fraguaron nuestras empresas y nuestras glorias.

¿Por qué nuestro municipio desaprovechó en aquel entonces la magnífica oportunidad que se le brindaba, de continuar en posesión de la ciudad su mejor terreno deportiva?

Y en cambio ¿por qué ahora le pedimos un campo de deportes, unos servicios públicos en el Paseo y tantas otras cosas, con todo desenfado y la mayor naturalidad del mundo?

Y conste a los que torcidamente podrían interpretar las anteriores preguntas, que en nada nos oponemos a la petición que formula en su carta nuestro amigo, por creerla de interés y plenamente justificada.

Nos limitamos una vez más a insinuar que ya va siendo hora de establecer un plan general de conjunto que nos libre de la incómoda posición de tener que ir solicitando una mejora cada día y sin que, como es natural, podamos establecer el orden de prioridad que debe darse a las tareas más urgentes.

¿Somos o no somos?

O mejor dicho: ¿Existe de verdad plena conciencia de hacernos dignos, y por ende, merecer el momento histórico que vivimos? Hoy cosas, hay momentos en la vida en que la tibieza de ánimo, fruto muchas veces de una falta absoluta de sentido y perspectiva, puede malograr el instante más solemne para el resto de los días. La oportunidad con frecuencia se da una vez, y raras veces vuelve cuando se ha visto incomprendida o defraudada.

Si, verdaderamente, como en ocasiones así parece, no queremos ser más de lo que hasta hoy hemos sido, sobre el que el lector nos dirija más cartas porque estamos viendo que aquí sobramos todos.

Pero si realmente existe voluntad de servir el momento actual como fué servido en los años y empresas más culminantes de nuestra historia, debemos poner al asador toda la carne, sin reparar en minucias burocráticas, ni entorpecer el camino con sancios prematuros.

Un hecho indiscutible

Nadie a estas alturas le es lícito dudar de que el asunto bien vale infinitamente más que el entusiasmo y el espacio que le venimos prodigando. Si no fuera que el más elemental sentido de prudencia nos priva de meternos en números y cálculos, bien vería todo el mundo muy a las claras hasta a cuanto llega a ascender esa cifra que el turismo nos reporta cada año, como dádjva que nos otorga en gracia de concederle el disfrute de un paisaje. Y conste que es de las pocas industrias que puede conceder al municipio un más amplio y saneado dividendo.

Por eso el turismo pide que la ciudad se modernice, cosa a la que por propia estima y dignidad nos vemos igualmente obligados y por la simple razón de que dejamos ya de ser una cualquier vecindad a la que el mundo no importaba. Somos cifra y exigencia, y precisamente la mayor, de entre las que, con menos ceros y aptitudes, constituyen los sumandos de esta costa, que con un poco más de ingenio y un tanto más de voluntad, fácilmente llegaría a ser el más temible rival de cuantos nombres a lo largo del mare nostrum sientan plaza de famosos.

Hemos, sencillamente, de pronunciarnos

Por eso conviene, y cuanto antes, establecer el programa de lo que debe ser nuestra actuación en los días venideros. Fianos de la improvisación, es tanto como levantar el monumento que, cara a la posterioridad podría ser esta época, sobre un banco de arena que no resiste la construcción ni la crítica a largo plazo.

Hemos de definir nuestra política sobre zonas tan importantes como el Fortim y tan vitales como el Paseo del Mar que sin ambición va sucumbiendo bajo la triste custodia de su anémico arbolado. ¿Y para que hablar de otros tantos forónculos urbanos abiertos en la carne viva de la ciudad? ¿Hacia dónde, cómo y cuando pensamos dirigir nuestra expansión urbana? ¿Cómo y cuando recuperará la ciudad la gloria y medalla de su antiguo Cenobio?

Estas preguntas, y otras más, quisiéramos verlas cuanto antes contestadas. Saber en una palabra, si verdaderamente, y con la misma unanimidad que la gente pide unos servicios públicos en el Paseo, estamos los guixolenses dispuestos a cargar con tales preguntas y hallar la forma y manera de resolver todos aquellos problemas que las mismas nos plantean.

Un llibre, moltes vegades, és un ric tresor que tenim a la mà i no sabem trobar.

Joaquina Agustí Lloveras

HECHO: LITOMIA

LIBROS

Aún a riesgo de bordear el tópico, queremos decir, bien claro que compadecemos sinceramente a quienes no pueden, no saben o, peor aún, desdeñan tener por su mejor amigo el libro; así, en indeterminado, y allá cada cual usando de plena libertad para señalarse sus personales preferencias. Tan sólo excluimos de nuestro encomio aquellos otros libros, de antipática factura, que para su regular uso requieren el previo sellado judicial en sus folios. De esta clase de libros, llamémosles de fenicia alcornia, ahora no tenemos por qué ocuparnos, afortunadamente.

Cuántas veces, en el azaroso transcurso de nuestra vida, ha sido un libro el más eficaz remedio a nuestros momentos de depresión espiritual causada por adversos acontecimientos. Y qué consuelo más grande hemos hallado sumergiéndonos literalmente, como en un baño de luz nueva, en la fronda de sus páginas acogerodas que tanto tienen de abrazo fraternal, callado y hondo.

Pobre y triste del que, cuando el ábrego azota duro, no acierta a buscar el seguro refugio que es, para los que en él creemos, un libro, un buen libro. Hemos usado del calificativo y, por tanto, se nos puede exigir que lo fundamentemos. Fácil: nosotros creemos que lo merece todo libro capaz de elevarnos, por la magia de su contenido, a zonas de superior espiritualidad, a estadios en los que sintamos vibrar en nosotros las fibras interiores sensibles a los eternos postulados de Belleza, Amor, Bondad, de infinita gama los tres.

Poder poseer —y leer— libros, muchos y buenos libros, debería ser el ideal, la meta a que aspirasen cuantas personas por cultas, se tienen, por fundamentalmente buenas. Y sin embargo —penoso es decirlo— cuántas y cuántas hay que, permanentemente distraídas por mil afanes prácticos, por la contagiosa estulticia de los espectáculos de masa o por el culto rutinario a ancestrales pliegues de negativa acción ideados tan sólo para «matar el tiempo» —cuando es el tiempo el que a la postre mata si no se sabe llenar de algo substancial— viven en perpetuo alejamiento del reino, maravillosamente fascinador, de la letra impresa.

Sutil veneno llamó alguien a esa especie de embrujo que para los iniciados, emana de los libros. Y tal vez lo sea; porque, como dicen que ocurre con las drogas productoras de los mal llamados paraísos artificiales, también los que nos entregamos, devota e incondicionalmente, al «vicio» de la lectura, una vez inoculado el virus ya no hay otra solución que la de seguir «intoxicándonos».

¿Vicio el leer? Bienvenido sea entonces y ojalá con él se pudiera llegar a desterrar los que sí lo son de verdad y que tan perniciosos efectos causan a la humanidad por ellos dominada y maltrecha.

Hogares sin libros, ¡qué árida grisura la vuestra aunque algunos podáis tal vez abundar en dorado, pero sólo externo, «confort»! Niños, flores, libros, maravillosa trilogía que encierra insospechadas esencias de vida, auténticos y duraderos goces de los que no tienen ni la más remota idea aquellos que, desviados, han perdido su capacidad emotiva y ya no saben descubrir y valorar esos puros, generosos dones que son la mirada nueva de un niño, el perfume acariciante de una flor, el gesto de paz que, con absoluto desinterés, el libro ofrece a las almas escogidas y sedientas de altura.

Es descorazonador llegar a una población, y hasta ocurre que a veces ésta es de las que sienten legítimas ínfulas de capitalidad, en donde nos suelen ser mostradas, con comprensivo orgullo local, una buena serie de realizaciones de tipo más o menos práctico, material. Bien, apresurémonos a admitir que todo puede ser útil y hasta necesario en el actual complejo social-urbano. Pero si por azar preguntamos por la Biblioteca pública, casi siempre el más vergonzoso de los silencios es la única contestación que obtenemos. Es que —se nos dice— «eso» no interesa a nadie. En cambio tal pista deportiva, cual bolera americana —¿americano también ahora el clásico «joc de bitlles»?—, todo esto sí tiene prelación y hasta, por lo que se ve, ciertos derechos indiscutibles de exclusividad.

Lo comprendemos, «leer... les tan aburridol» Y luego nos quejamos de que el vivir actual se nos está materializando cada día más y observamos como nos vamos adocenando todos más también, porque, es cierto, ha llegado a ser casi un raro objeto de museo la flor de afinada espiritualidad que tiene su natural cultivo en los libros, en los buenos libros, en nuestros fidelísimos y queridos amigos los libros.

Eduardo Bardas Planellas

Un árbol es un árbol; un pájaro es un pájaro; una mujer, una mujer; un amigo, un amigo. El libro es el todo eso y mucho más, pues tiene el vigor de la tierra, la belleza del vuelo, la intimidad del amor y la emoción de un ser humano.

José Carol Archs